



RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, *EL ALMA DE LOS OBJETOS. MINIFICCIONES*

Ed. de Rafael Cabañas Alamán. León, Eolas Ediciones, 2019, 304 pp.

En septiembre de 2019 la editorial Eolas publicó, dentro de la colección “Las puertas de lo posible”, una antología de minificciones de Ramón Gómez de la Serna con un título sugestivo: *El alma de los objetos. Minificciones*. La edición corrió a cargo de Rafael Cabañas Alamán, un investigador dedicado al estudio de la obra del autor vanguardista. Dado que se trata de una colección que examina lo insólito, el editor arranca el prólogo con un corto recorrido por las notas manuscritas del escritor acerca del realismo. En una de ellas constata: “No puede ser literatura, que es un triunfo del genio o del ingenio, la presentación reincidida y contumaz del mundo analfabético y vulgar” (8). Cabañas Alamán decide explorar esta actitud en relación con los objetos, uno de los elementos considerados cruciales por los investigadores del universo ramoniano.

Fruto de una labor de investigación, análisis y rescate, la antología preparada por Cabañas Alamán ofrece una selección creativa que sigue una clave temática y fue realizada a base de una docena de libros (recogidas en su mayoría en las *Obras completas* de Ramón Gómez de la Serna, bajo la edición de Ioana Zlotescu), además de cinco textos inéditos que el editor transcribió de las notas manuscritas del autor guardadas en la Biblioteca Hillman de la Universidad de Pittsburgh. Todo el corpus se divide en cuatro apartados, titulados “El optimismo vitalista”, “Los objetos y el alma”, “Los objetos insólitos” y “Perspectivas de la muerte”, en una suerte de estructura cerrada que empieza señalando el espíritu optimista y humorista de Ramón y termina rindiendo homenaje a la dimensión más seria de su obra: el paso del tiempo simbolizado por el reloj, y la muerte inevitable del ser humano que se presagia a través de la aniquilación de las cosas.

El vitalismo ramoniano, una faceta explorada en la primera parte de la antología, es una muestra de la influencia de la filosofía nietzscheana y de un optimismo particular que se manifiesta a través de los objetos dotados de unos impulsos y rasgos que los hacen rebosar vida. Desde el plumero que embellece los bustos y abre las flores de las plantas, por una corbata feliz, herraduras, faroles, cuadros que adquieren una precisión de mirada gracias a sus cristales y se muestran telepáticos, hasta el cinturón de azabache puesto en las caderas para subrayar “la zona de su animalidad violenta y embistiente” (66), los objetos de esa serie deciden revelar sus secretos y sentimientos: compasión, erotismo, felicidad y tristeza, ante los ojos de un observador atento. Aunque en este apartado

no quedan ausentes los relojes, aquí son “flores de metal” (84) que incluso llegan a ofrecer la risa, en una cadencia de carcajadas que permite “curar la neurastenia triste” y “es un escándalo en las casas serias y despierta la hilaridad en los colegios” (78). El texto antes inédito de Gómez de la Serna ofrece una perspectiva transformadora y elevadora sobre las campanas, que no solo dedican “con sus campanadas una dádiva consoladora para el corazón de los hombres” y “cantan las nupcias del presente con el porvenir”, sino que además “redoblan la vida y el espacio” y “acuñan las horas de la Historia”. No se puede enaltecer un objeto más que eso.

El apartado “Los objetos y el alma” refleja una de las claves de interpretación de toda la antología, muy presente a lo largo de la obra de Gómez de la Serna. El concepto del alma parece fascinarle al autor que en el texto titulado “Cedulario del alma” (publicado por primera vez en *Gollerías*) presenta “con buen humor” (113) una clasificación de las almas, múltiple, rica, original, muestra de una imaginación e instinto lingüístico enormes que proponen para el futuro “el servicio a domicilio de almas nuevas” (115) o les dotan a los relojes, guitarras y sifones esta cualidad tradicionalmente humana. “El alma del sifón –porque los sifones tienen alma (declara Gómez de la Serna)– es munificente, entusiasta, fervorosa, incontinentemente” (117). No sorprende entonces que descomponer un objeto, quitarle el alma, despierta los remordimientos de la conciencia (91) en este peculiar “observador de la vida” (126) que protagoniza los textos. El manuscrito de esta sección, titulado “Pañuelos sin marcar” es una minificción muy interesante, cargada de humor e ironía, donde el objeto adquiere un significado simbólico, el de atar un matrimonio, porque el hombre “con el pañuelo sin marcar es un alma suelta, desconocida, que campa por sus respetos, que puede creerse el anónimo impune” (126). El título del apartado difiere ligeramente del título de la antología, ya que no se explora tan solo el alma de los objetos, sino también el alma humana, varias veces influenciada por el mundo material.

La tercera parte, “Los objetos insólitos”, es la que corresponde más a la temática de la colección entera. Hay algo inquietante: un miedo irrazonable, unos deseos absurdos, un horror inconsciente, un gusto atroz en las minificciones que ocupan esas páginas. Los objetos cotidianos: armarios, relojes, chimeneas, retratos y espejos (que protagonizan una serie de textos) se convierten en una fuente continua de pesadillas, escalofríos y torturas, e invitan a pensar más allá de la realidad y encontrar el lado oscuro de las cosas. El ambiente de este apartado hace pensar en los maestros de la literatura y el cine de horror, en Edgar Allan Poe y Alfred Hitchcock, en una línea de lo insólito que sigue explorándose hasta hoy en día también en el mundo de la minificción española, en la obra de Patricia Esteban Erlés y otros escritores y escritoras que eligen lo fantástico en su vertiente morbosa.

La antología culmina con una serie de textos dedicados a la omnipresencia de la muerte, un final que el hombre comparte con las cosas, ambos susceptibles de destrucción, a la vez que le diferencia de ellas, puesto que las cosas suelen ser mucho más duraderas. Son los mismos espejos, relojes y objetos cotidianos que habitan el resto de las páginas del libro los que vuelven para anunciar la muerte de todo. Es interesante, desde la perspectiva de la teoría de los géneros literarios, que aparezca en este apartado un gran número de textos narrativos, microrrelatos casi contemporáneos, aunque todavía marcados por

ese parentesco cercano con la lírica y otras formas cortas, tan característico en la obra de Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna. La muerte, como un momento culminante por excelencia, ha constituido siempre una fuente de inspiración para el cuarto género narrativo que busca cerrar una tensión máxima en un instante. Quizás por eso la antología de las minificciones ramonianas, llena de greguerías, retratos, cuadros, disparates y caprichos, termine dejando una fuerte impresión de un Gómez de la Serna cuentista, artísticamente atrevido, de una mirada original dirigida hacia lo insólito que se muestran estos elementos de la realidad que nos rodean.

El lector contemporáneo, acostumbrado a la lectura del microrrelato, encontrará en esta antología una muestra sorprendentemente actual y moderna, a la vez que única y rupturista de lo que puede ser la minificción cuando la escriben los genios de la literatura.

Agata Draus-Kłobucka